

guna tuya: tanto es así, que ya te daba por muerta; por lo que, al recibir esta última mi alegría ha sido inmensa.

«Te contesto por el mismo Religioso que me la traído y por él te envió trescientos duros en oro que bastarán para tu mantenimiento hasta mi próxima llegada.

«En la Esperanza, pues, de verme pronto á tu lado, pido al Señor te sea favorable, encomendándome mucho á mi Santo y Patrón, y deseando ardientemente sigas escribiéndome con frecuencia. Tu entrañable esposo, ANTONIO DANTE.—Lima, 23 de Julio de 1729.»



Proporciones colosales.

EL grano de mostaza del Evangelio se hizo un árbol tan frondoso que á su sombra anidaban las aves del cielo.

El Pan de San Antonio ampara hoy á tanto hambriento que es un pasmo; porque no solo acuden á él los hambrientos del cuerpo sino los del alma.

Hé aquí las obras que se sostienen de este Pan sólo en la diócesis de Frejus.

Hermanitas de los pobres de Tolón y Draguignan.

Casas de huérfanos de la Seyne, d'Hyères de la Navarre, de Saint Cyr de Cuers, de Draguignan y de la Villa de Lerines.

La casa de la Providencia, de Tolón.

La casa del Buen Pastor.

La de las arrepentidas.

Dos comedores de caridad.

La asistencia á los niños

Los huérfanos del hospicio civil.

Ocho comunidades de clausura, sumamente pobres.

Veinte obras de caridad de otras varias clases.

La Conferencia de San Vicente de Paul, de Tolón.

Las de extramuros.

Y la obra de las señoras que visitan las buhardillas.

Y esto en una sola diócesis de Francia.

¿Qué será, pues, en el resto del mundo por donde corre ya como chispa eléctrica la nueva devoción?

La señora Bouffier, en 28 de Marzo de 1893, escribía á un P. Capuchino: «¡Oh!, si esta devoción del Pan de los pobres se estableciera en todos los pueblos, ella salvaría á la Francia, porque la caridad cubre la multitud de los pecados.»

Y el Rector de uno de los primeros Seminarios de Francia decía en otra carta: «Nuestro Señor quiere absolutamente que lo sobrenatural vuelva á ocupar su sitio preferente en la vida social y en todos nuestros asuntos, hasta los mas ordinarios.»

Es cierto y así se cumple.

En Paris, en el cepillo destinado á recibir las cartas á San Antonio, en su altar de la Iglesia de Francisco I, en una sola semana iban depositadas 487 cartas de petición y 102 de acción de gracias. Entre las primeras figuraban peticiones de salud; de conversiones, de gracias espirituales, de casamientos, de libertad de procesos, de asuntos de familia. Todas las necesidades de la vida estaban representadas allí, y en el mereo hecho de acudir al cielo buscando su remedio, se echaba por tierra la soberbia que es hoy otro de los males que nos corroen.

Porque bien mirado, el Pan de San Antonio cura la soberbia, pues el abogado, el médico, el militar, el estudiante, reconocen que no está en su ciencia, en su valor, en su pericia ó en su ingenio la razón suprema de los éxitos que alcanzan; y que el hombre planta y riega, pero Dios es el que da el fruto.

Y al mismo tiempo cura la incredulidad,

porque no está lejos de la fé quien acude á Dios pidiendo el socorro de sus necesidades.

Y al propio tiempo cura la codicia, porque obliga á dar para recibir.

Y al par de eso cura la envidia y los enconos, porque hace resplandecer el sol de la caridad que une á los grandes y á los pequeños en el abrazo de Dios que, como padre común, quiere que nos amemos los unos á los otros.

Por eso deciamos al principio que el Pan de San Antonio es un pan admirable.

VI.

Milagros de San Antonio.

SI fuéramos á referir todos los que ha otorgado el Santo desde que en Tolón abrió la puerta del almacén de la Señora Bouffier, no cabrían en muchos volúmenes.

Sabido es que San Antonio es uno de los mas grandes taumaturgos que ha habido en el mundo, tanto que un historiador contemporáneo, aturdido por los prodigios que él mismo había presenciado en el sepulcro del Santo, decía que el *milagro parecía identificado y como encarnado en él.*

Algunos de sus antiguos milagros son

muy conocidos, como por ejemplo: cuando en Brives predicando á una gran muchedumbre encaróse con una negra tempestad que avanzaba y le dijo: «Te prohibo que dejes caer en este sitio una sola gota de agua» y la tempestad obedeció dejando al auditorio encerrado en un espacio seco, mientras descargaba alrededor de él las cataratas que llevaba en su seno.

Y cuando en Rímini, no queriendo el pueblo salir á escucharle, se fué á la orilla del mar y dijo á los peces: «Venid, que mas dignos soís que esta gente de oír la palabra de nuestro Criador.» Y los peces acudiendo á su voz sacaron sus cabezas dejando pasmado y arrepentido aquel pueblo rebelde.

Y cuando en Tolosa hizo á un mulo hambriento arrodillarse ante la Sagrada Eucaristía y olvidar el alimento que le presentaban, con lo que dejó vencido á un hereje contumaz.

Y cuando predicando en Padua se trasladó repentinamente á Lisboa y defendió públicamente á su padre de la falsa imputación de un crimen, resucitando á un muerto para que declarase delante de los jueces y de todo el mundo la inocencia del acusado, después de lo cual desapareció para volver á Padua.

Y cuando á un jóven que, arrepentido de un gran pecado, se había cortado un pié de un hachazo, se lo restituyó y unió á la pierna dejándole instantáneamente curado y más ilustrado en sus deberes cristianos.

Estos prodigios celebérrimos de su historia son ya del dominio público; así es que ahora sólo vamos á reseñar los que pudieramos llamar sus favores de hoy: los que hace á cambio de pan.

VII.

La buenaventura.

EN Octubre de 1893, una joven de Pierréon cayó en la tentación de acceder, por pura broma, á las instancias de una gitana, negra como la pez, que se empeñó en decirle la buenaventura.

La gitana cogió la mano, le dijo todas las necedades que le ocurrieron y se marchó en seguida, pero no sin llevarse dos monedas de oro que á una vuelta de cabeza hurtó de encima de una chimenea.

Habían transcurrido trece meses, cuando una anciana tía con quien vivía la muchacha, oyendo un dia los prodigios que obra-

ba San Antonio en favor de las personas que le ofrecían pan para los pobres, quiso poner á prueba el poder del Santo, ofreciéndole un donativo de esta especie si antes de terminar una novena en su honor recobraba las monedas robadas.

¡Robadas por una gitana!

Fé se necesita para esta petición, pero la de la señora debió ser muy grande.

Al octavo día de la novena, al volver á su casa en la hora del crepúsculo, percibe á una mujer rebujada en un pañuelo que se se aproxima bruscamente, y le dice:

—¡Cuánto me has hecho sufrir!

—¿Por qué?— exclama la señora temblando al sentirse abordada de aquel modo.

—Bajo la puerta las encontrarás—dice la mujer misteriosa, desapareciendo inmediatamente.

Y en efecto, al llegar á su casa la señora, que apenas podía darse cuenta del extraño incidente que acababa de ocurrirle, mira bajo la puerta y descubre, brillando en la oscuridad, las dos monedas robadas trece meses antes.

VIII.

Restitución notable.

CERCA de Tolón, una pobre señora ve un día desaparecer de su casa mil cuatrocientos francos, y no puede descubrir la mano que se los ha hurtado.

Mil cuatrocientos francos no es una bicoca.

La pobre señora estaba verdaderamente afligida, cuando á los dos meses de ocurrido el robo, acordándose de San Antonio, acude á su intervención y le ofrece una limosna de pan si, durante la novena que iba á dedicarle, volvía á su poder la cantidad sustraída.

El último día de la novena, la señora va á entrar en su casa y encuentra sobre un poyo un lío de trapos.

—¿Qué es esto?—dice, desenvolviéndolo.

Eran mil doscientos francos.

Media hora después, una persona de quien ella no podía sospechar, entra en su casa y cae llorando á sus pies.

Yo soy—dice—la autora del robo de que hace dos meses fué V. víctima: faltan doscientos francos: por Dios le pido que me es-

pere, que yo le prometo restituirlos en cuanto los reuna.

IX.

El paraguas volante.

LO que vamos á referir tiene algo de cómico, pero confirma admirablemente la intervención de lo sobrenatural hasta en los hechos más triviales de la vida, y demuestra que, como dicen vulgarmente, con los Santos no se juega.

Una señora que en cierto día lluvioso había hecho algunas compras en dos ó tres establecimientos de Tolón, apresurada porque se aproximaba la hora de tomar el vapor de la Seyne, parte precipitadamente para el puerto, dejando olvidado su paraguas en una de las tiendas donde estuvo.

Ya se hallaba á bordo, cuando un fuerte chaparrón le delata su descuido. En el acto se acuerda de San Antonio, y le ofrece cinco francos de pan si el paraguas le es devuelto; pero no bien acaba de hacer la oferta, cuando ve venir á un dependiente de comercio que le trae la prenda perdida.

—¡Oh!—dice entonces la señora, dejándose llevar de la codicia;—cuando ofrecí los

cinco francos, ya venia el paraguas de camino; luego creo no debo nada.

Y diciendo esto, abre el paraguas.

Pero no es tan pronta en abrirlo como el viento en arrebatárselo de la mano y lanzarlo al mar.

«Ahora es cuando he quedado en paz con el Santo,» debió pensar la señora, viendo naufragar el interesante aparato, mientras el agua la calaba hasta los huesos.

X.

Favores á granel.

NO terminaríamos nunca si hubiéramos de referir detalladamente todos los que hemos leído en una obra que acaba de publicarse en Francia, titulada *El pan de los pobres*. Nos vemos, pues, precisados á poner en forma de lista los pocos que pueden reseñarse ligerísimamente en el reducido espacio que nos queda.

Un pobre hombre, al romper en medio de una carretera unos papeles que llevaba en el bolsillo, hace añicos un billete de cien francos y lo arroja al suelo con los papeletos rotos.

Al día siguiente echa de ver su torpeza, acude á San Antonio y logra encontrar todos los pedacitos del billete, á pesar de haberlos dispersado el viento durante la noche anterior por los campos circunvecinos.

La señora Bouffier recibe una carta de Constantinopla pidiéndole mil francos de limosna para los pobres cristianos de Armenia, afligidos por un espantoso terremoto.

El cepillo del Santo está vacío y se dispone la señora á enviar solo una pequeña limosna con harto sentimiento de su corazón, cuando recibe una carta anónima que dice así: «*Salón de lecturas de los almaces del Bon Marché, Paris.* Para el pan de los pobres de San Antonio en reconocimiento de una oración escuchada.»—*E. R.*

Dentro de la carta iba un billete de mil francos.

Una señora, dueña de un pobre restaurant, ve disminuir rápidamente sus parroquianos.

Un día, apurada por la necesidad de hacer un pago, acude á San Antonio en demanda de protección, y á la vuelta se encuentra el establecimiento lleno de gente y con sobrados fondos para salir de su apuro.

Una madre hace nueve meses que no sabe de su hijo: está angustiada: recurre á San Antonio y á las cinco horas recibe un telegrama que le devuelve la tranquilidad.

Un marido abandona á su esposa y cuatro hijos, por marcharse en compañía de una mala mujer. Acude la esposa á San Antonio, y el marido vuelve inmediatamente al hogar doméstico.

Cerca de Sanai roban todo el dinero y alhajas que habia en una casa; recurre el dueño á la intervención del taumaturgo de Padua, de un modo inesperado se encuentran los objetos robados, que vuelven á poder de su dueño.

Un magistrado ve comprometido su honor en un vergonzoso proceso; se encomienda á San Antonio, ofreciendo cien francos de pan para los pobres, y sale libre de su causa y sin mancha en su reputación.

Una joven ve que le forma en el cuello, junto á la carótida, un peligrosísimo tumor; recurre á los cirujanos y nadie se atreve á operarle; su mal no tiene remedio. A pesar de ser persona muy incrédula, obligada por la necesidad acude á San Antonio, y su mal

desaparece rapidamente sin dejarle la mas mínima señal.

Un hombre de negocios pierde hace pocos dias una cartera con veinte mil duros; su mujer acude á San Antonio, ofreciéndole dar mil á los pobres si aparece la cantidad extraviada; y á las veinticuatro horas vuelven á casa los veinte mil duros perdidos y la tranquilidad de la familia

EL POR QUE

DE LOS

Martes de San Antonio.

NO falta quien muestre estrañeza al oir por vez primera que el dia especialmente consagrado al Santo Taumaturgo de Padua por los fieles de seis siglos consecutivos es el *Martes*. Y se acentúa grandemente esa admiración al observar que las gracias que á San Antonio se piden son alcanzadas mas eficazmente en ese dia que en otro cualquiera de la semana, según el mismo Santo lo tiene manifestado á algún devoto suyo.

No nos costará gran trabajo averiguar el *por qué* de esa especialidad de un Santo (permítaseme la irreverencia) que, si es grande en las cosas pequeñas, se muestra aún más admirable en las cosas mínimas, en los detalles apenas perceptibles para un espíritu superficial y distraido; pudiendo así